

BALOUP, Daniel, *L'homme armé. Expériences de la guerre et du combat en Castille au XV^e siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2022. 309 pp. ISBN: 978-84-9096-361-6

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/em.24.2023.715-719>

Cuando un libro nace con la ambición del presente su autor merece, de entrada, mi agradecimiento. Ambición presente, por un lado, en un programa de investigación circunscrito a los mejores textos nobiliarios de la Castilla del siglo XV. De otro, por una premisa arriesgada que se plantea el autor: ¿puede hacerse una antropología de la guerra para este contexto político y cronológico? Antes de evaluar si se da respuesta a ello, presentaré el contenido de la obra.

El autor a quien debemos tan estimulantes premisas es Daniel Baloup, *professeur* de historia medieval en la Université de Toulouse II Jean Jaurès. En esta universidad ha desarrollado buena parte de su carrera profesional como *maître de conférences*, compatibilizado durante un tiempo con el de *directeur d'études* de la Casa de Velázquez, donde promovió las investigaciones y encuentros sobre la baja Edad Media peninsular. Entre sus intereses científicos, centrados en la península ibérica, encontramos la idea de Purgatorio, la enseñanza religiosa, el pensamiento de san Vicente Ferrer, la ideología y práctica de las cruzadas y, finalmente, la guerra a finales de la Edad Media, con el foco puesto en la conquista del Reino de Granada. Entre sus últimas obras, como coordinador, destacaré *Le recours aux armes en péninsule Ibérique et au Maghreb (VII^e-XV^e siècle)* (Bordeaux, Ausonius Éditions, 2018). Esta dedicación a la historia de la Corona de Castilla en la baja Edad Media, su ámbito de especialidad, se manifiesta en su actualizado conocimiento de la producción del medievalismo hispano, y en un erudito manejo de las principales fuentes que emplea.

Dichas fuentes son, fundamentalmente, algunas crónicas generales castellanas y las crónicas particulares de algunos destacados miembros de la aristocracia del reino, a saber, Pero Niño, Álvaro de Luna, Miguel Lucas de Iranzo, Alfonso Carrillo de Acuña, Alonso de Monrroy y Rodrigo Ponce de León. Cabe matizar que las denominadas “crónicas generales” en las que se centra, las de Pero López de Ayala, Pedro Carrillo de Huete,

Lope García de Salazar y Diego de Valera, tienen la particularidad de ser escritas por quienes compartieron los mismos valores culturales de los anteriormente citados y sus biógrafos. No obstante, como esta monografía demuestra, el hecho de compartir *ethos*, *telos* y *thanatos*, no significa que estemos ante un macrotexto sino, más bien, ante un discurso coral y complejo, como el propio contexto de producción en el que vieron la luz, el de los convulsos reinados de la dinastía Trastámara. No es para menos; desde un punto de vista analítico, Baloup distinguirá entre las guerras civiles, las exteriores (no olvidemos que la península ibérica es uno de los escenarios de eso que aún llamamos “Guerra de los Cien Años”), y las “interconfessionelles” (con Granada como escenario principal). En resumen, el contexto perfecto para hacer y sentir la guerra.

La obra está organizada en dos partes claramente diferenciadas: una primera dedicada a cómo el *corpus* de obras a analizar obedece a una misma lógica en una escala temporal relativamente corta, y una segunda donde el objeto es la experiencia (narrada) de la guerra. Los dos capítulos de la primera parte (“La noblesse et la guerre”: una expérience culturelle” y “Récit et témoignages dans l’historiographie nobiliaire”) encarrilan dos ideas generales sobre la producción historiográfica del periodo: el influjo alfonsí (y, a partir de este, aspectos y autores de la tradición clásica) y la constatación de una suerte de discursividad nobiliaria diferente de la regia. Aunque es una idea-fuerza en el libro, el autor evita caer en un dualismo tan fácil como improductivo: si existe una historiografía nobiliaria esta surge de la acumulación material de testimonios y no de una suerte de visión alternativa del pasado contrapuesta a la visión regia que trata de imponer la monarquía castellana en el siglo XIII. Dos ejemplos ilustran bien lo anterior: el primero, la fascinación por los modelos heroicos de la Antigüedad, como los protagonistas de la Guerra de Troya o las gestas de Alejandro, que son recuperados en la tradición alfonsí pero adoptados ampliamente por la nobleza a efectos de conformación de modelos caballerescos y de prestigio intelectual. El segundo, del que Pero López de Ayala –“le premier historien noble”– es el mejor ejemplo, es la transferencia de conceptos y discursos entre monarquía y nobleza que, más allá de relaciones de resistencia y disenso, se centra en el espíritu de servicio. Ciertamente es que esta idea no es compartida uniformemente entre los autores seleccionados pero entre la complacencia cortesana de las crónicas ayalinas y el resentimiento de las *Buenas andanças e fortunas*, hay ciertamente un gradiente de escalas. De hecho, las crónicas que se utilizan, por mucho que las enmarquemos en un mismo estrato genéricamente

nominado como “nobleza”, representa los puntos de vista y experiencias de un corsario, un valido, un militar, un arzobispo, el maestre de una orden militar, un marqués, un diplomático, un halconero, un malhechor feudal y un traductor. Muchos de ellos compartían experiencias como la crianza y la privanza con reyes y otros nobles, la acción militar y la de gobierno y, por supuesto, reconocían la importancia y el poder de la escritura, cuando no la practicaron de su propia mano.

En este análisis bien hilvanado se echa en falta una respuesta a cómo se va relegando el modelo cidiano en la baja Edad Media. Su éxito anterior se replica en algunas leyendas nobiliarias vinculadas con las casas de Lara y de Haro, pero también en la poesía trovadoresca y en el rico *corpus* de narraciones genealógicas que atisbamos a ver en los escasos y tardíos testimonios que conservamos. Aunque, efectivamente, el modelo cidiano pierde vigor a lo largo del siglo XIV (salvo en Portugal, donde Pedro de Barcelos lo presenta como espejo y paradigma de cómo debe ser la relación entre la nobleza y su rey), el Cid no deja de ser la principal referencia narrativa nobiliaria durante la Edad Media al menos en otro sector de la nobleza hispana, el hidalgo. Sin embargo, entre los escritores aristocráticos del periodo Trastámara, Alejandro a desplazado a Rodrigo y, aunque el libro no aborda la cuestión específicamente, se da buena cuenta del porqué en el contexto de la generalización de una “culture lettrée” en el seno del estamento privilegiado, incluyendo el influjo del humanismo italiano y la traducción de este al contexto castellano.

La segunda parte, algo más amplia que la anterior, se centra en los contenidos narrativos. Son fundamentales las aportaciones del autor en este sentido, como el *décalage* entre las narraciones analizadas y la experiencia de la guerra. El hecho de introducir en el análisis a la mujer, al clérigo y al ciudadano (capt. III, IV y V, respectivamente), va más allá del reconocido homenaje a Georges Duby, para expresar cómo estas narraciones sobre la experiencia de la guerra eran compartidas por el conjunto de la sociedad y, particularmente, por quienes pertenecían al estamento nobiliario o aspiraban a integrarse en él, como es el caso de las élites urbanas de las principales ciudades castellanas en el siglo XV. A pesar de ello, la guerra es entonces un oficio y un modo de vida, una plataforma de ascensión social y de promoción personal netamente masculinos. Un espacio de “experiencia cultural” que incluye la práctica literaria, donde se generan y reproducen valores como el coraje o la solidaridad de clase, y, sobre todo, gracias al que se producen procesos de enculturación o, dicho en palabras del autor, “formes dès le sortir de

l'infance". Aun así, el fino análisis de Baloup le permite concluir que la "cultura de la guerra" no era exclusivamente masculina ni nobiliaria y esto se explica en el contexto particularmente conflictivo que se ha escogido para el estudio.

El sexto y último capítulo ("Les seigneurs de la guerre") es el más importante de todo el libro porque trata de dar una respuesta más directa a la hipótesis de partida. En él se describen con brillantez la experiencia del guerrero (noble) desde los aspectos materiales –como la destreza en el uso de las armas– a los ideológicos –como luchar por la fe, por citar otro de los epígrafes en que se subdivide el capítulo–. Nos encontramos, de nuevo, ante una composición coral, donde los temas se tratan transversal y críticamente, tratando de apurar la historicidad de lo escrito y, sobre todo, su representatividad social. Además, el capítulo busca interpretar aspectos como las motivaciones y las emociones, esto es, la dimensión antropológica de los discursos y prácticas sociales de la nobleza del periodo. Daniel Baloup nos advierte de que la representatividad de los testimonios es limitada: estamos ante textos que emanan de un interés particular, algo que podemos hacer extensible a las "crónicas generales" que utiliza. A pesar de ello, es posible concluir la existencia de un "récit commun" al menos a efectos de interpretar el rol protagonista de la nobleza en la función y modelo del guerrero. Además, y he aquí un aspecto original de su análisis, el nivel de "connivencia" entre el narrador y su público a través de los pasajes con mayor valor experiencial –los que apelan a la corporalidad del combate, por ejemplo– permiten, más allá de cada caso particular, apelar a un discurso nobiliario compartido, exitoso en lo que se refiere a la necesidad de combatir, en el sacrificio que ello implica y en los beneficios políticos y morales que ello comporta al reino. No ha de extrañar, por tanto, que una de las conclusiones de Baloup sea que la nobleza castellana triunfa en el combate discursivo sobre la guerra. Este combate, tensionado hasta la consolidación de los Reyes Católicos (o tolerado por ellos), acaba beneficiando sobre todo a la alta nobleza frente a los concejos e, incluso, frente a actores como las órdenes militares cuyo papel comienza a ser irrelevante a partir de 1492.

Daniel Baloup reconoce que, en su análisis quedan dos cuestiones "en suspenso"; la primera, cómo destila esta nueva cultura nobiliaria de influencia humanística (aunque Alfonso X es considerado promotor del "premier humanisme" castellano) desde la élite al resto de la nobleza. Un análisis más detallado de la obra de Lope García de Salazar puede ayudar a responder a ello ya que, aun bebiendo en esa tradición clásica, los valores

del señor de Muñatones son marcadamente diferentes de los otros escritores nobiliarios, representativos en su caso del grupo hidalgo (o, mejor, de una parte del mismo) cuya mentalidad parece extinguirse a finales de la Edad Media. Quizá sea que, a diferencia del tono de su *Crónica de Vizcaya*, en su obra mayor, Lope García de Salazar, fruto de sus propias circunstancias (destierro, derrota y prisión), no encontró la necesidad de aplicar filtros a su descripción descarnada de la guerra y de los reyes.

El segundo aspecto que el propio Baloup señala irresuelto es cuán diferente es la relación que mantiene la nobleza con la guerra con respecto a la experiencia de otros grupos sociales, particularmente las gentes del común y, más concretamente, las milicias concejiles. La imagen por lo general negativa de estos en las crónicas analizadas sufre el sesgo de la carencia de fuentes que revelen los relatos alternativos de los participantes no nobles en la guerra. No obstante, los procesos de oligarquización de las élites villanas hacen pensar que los espacios y prácticas compartidas acabaron contagiando también su visión. Además, el modelo caballeresco filtrado por el humanismo y los patentes beneficios del servicio a la corona, serían suficientes acicates para la adopción de estos valores nobiliarios, comenzando por la reformulación de la hidalguía a finales de la Edad Media.

¿Responde, pues, el autor al desafío inicial? Sí, con creces. El enfoque antropológico que ha caracterizado al mejor medievalismo francés sitúa a Daniel Baloup en una larga estela de admirados colegas que, más lejanamente alcanza hasta Marc Bloch. Como hizo Duby expresamente en la biografía de William Marshal, Baloup ha conseguido acercarnos al punto de vista *nativo*, en su caso, cómo se sentían, cómo experimentaban –y cómo quisieron ser reconocidos entre sus contemporáneos– algunos de los más importantes caballeros castellanos de la baja Edad Media.

Arsenio DACOSTA
Universidad de Salamanca
adacosta@usal.es